

FALSAS PROMESAS

De septiembre a septiembre, el mundo entero ha recibido un curso intensivo sobre Afganistán. En cambio, los afganos han recibido una guerra más y miles de promesas de paz, libertad y reconstrucción.

Durante el último año, los políticos occidentales nos han emborrachado con discursos acerca del oprimido pueblo afgano sin hacer nada por él. Todo lo que ha sucedido en Afganistán desde el fatídico 11-S se ha hecho en contra del terrorismo, la yihad y el extremismo, o para defender la libertad, la democracia y la 'civilización'. Si Bin Laden hubiera vivido en Arabia Saudita, o en vez de atacar Nueva York hubiese bombardeado Sydney, los talibanes seguirían hoy en el poder hostigando a los afganos y la Casa Blanca continuaría criticándoles en público y negociando oleoductos en secreto.

Muchos medios de comunicación se empeñan en presentar Kabul como espejo de Afganistán y divulgar información anecdótica que da una falsa imagen de retorno a la 'normalidad'. Funcionan de nuevo la televisión (donde está prohibido pasar películas indias), el cine y la piscina municipal (mujeres no por favor), llegan los primeros turistas... Como si la normalidad para los afganos (no confundir con kabulíes) fuera ver un rato la tele al volver de la oficina, llevar a los niños al cine los viernes y hacer unos largos en la piscina para mantenerse en forma.

La preocupación básica de la mayoría de familias afganas cuando se levantan por la mañana es cómo conseguir algo de comer antes del anochecer. El futuro allí dura un día. Antes del 11-S, 7,5 millones de afganos dependían de la ayuda humanitaria para su subsistencia. Un año después hay que añadir 1,5 millones de retornados que se hacinan en ciudades donde se concentra la asistencia humanitaria porque la inseguridad y el bandolerismo han aumentado de forma alarmante en las zonas rurales. Por su parte, las organizaciones de ayuda están pagando el precio de la doctrina Powell de manipulación de la asistencia humanitaria que considera "las ONG como parte esencial del equipo de combate de los EEUU". Los lanzamientos mixtos de misiles y comida y la abundancia de fuerzas especiales armadas vestidas de civil dificultan enormemente el acceso de las ONG a la recelosa población. En los núcleos urbanos proliferan los coches bomba, los arrestos arbitrarios, las extorsiones y las venganzas. Mi amiga Samra lo describe en su carta desde Kabul: "antes no podía salir de casa porque la policía religiosa me apaleaba, ahora me da miedo salir porque temo que me asalten o violen. Si esto sigue así, antes de Ramadán echaremos de menos a los talibanes".

El 11-S ha reforzado la hegemonía unilateralista de EEUU que ha convertido su interés nacional en interés mundial, legitimado el discurso de la violencia y arrinconado el derecho internacional y a las Naciones Unidas. Hasta la fecha, el mayor éxito de la Operación Libertad Duradera es habernos hecho a todos menos libres.

Los afganos son tan víctimas de Al Qaeda como los estadounidenses, pero de momento han recibido los misiles de nuestra paranoia colectiva y obtenido muy poco a cambio porque la prioridad es la seguridad de occidente, no las necesidades humanitarias de la población. Los días del gobierno de Kabul y de 'paz' en Afganistán están contados en días de presencia aliada, y éstos se cuentan en días que faltan para el ataque contra Irak. Muy pronto, los políticos y sus militares abandonarán el país a su suerte y las organizaciones humanitarias seguirán denunciando las falsas promesas e intentando una rehabilitación imposible sin el compromiso internacional. Los señores de la guerra impondrán de nuevo su ley por las armas y Afganistán volverá a caer en el olvido del que rescataremos por unas horas los 11-S de 2003, 2004, 2005...

Jordi Raich
Analista de Médicos Sin Fronteras
Autor del libro *Afganistán también existe*

Septiembre 2002